

Crítica de libros

GARCÍA MARQUÉS, Alfonso y GARCÍA-LORENTE, José Antonio (eds.): *Europa a examen. Nuevos diálogos sobre el Viejo Mundo*. Dykinson, Madrid, 2013. 191 pp.

El libro es fruto del Grupo de Investigación *Nóesis*, de la Universidad de Murcia, que llevaba varios años realizando seminarios de investigación. A partir del año 2006, con la recepción de un proyecto del Ministerio de Educación y Ciencia, los seminarios se centraron en reflexionar sobre Europa. La tarea que se planteó a los participantes del Grupo fue la de indagar el origen de Europa, su formación, desarrollo, sus avatares y crisis. Sin embargo, la intención no era llevar a cabo una arqueología de Europa. La intención era arrojar un poco de luz en la futura construcción de Europa a partir de la búsqueda de sus elementos esenciales y permanentes. El libro está articulado en torno a ocho capítulos escritos por los participantes del proyecto.

El primer capítulo, titulado «Idioma e identidad. Europa como Eidos», está escrito por el profesor Renato Cristin, de la Universidad de Trieste (Italia). En él hace un esbozo general de la idea de Europa. Escoge, al igual que el filósofo Nietzsche, la imagen del libro como lugar simbólico de la civilización europea y como resumen simbólico de su historia y de sus posibilidades. Es también el símbolo de la duración, de la persistencia y de la vitalidad, que no se deja encerrar en la jaula de la tradición historiográfica. La Europa de hoy es el esfuerzo de integración entre las naciones que la componen y consiste en los textos que han preparado y sancionado la unión entre las naciones: desde el Tratado de Roma al de Maastricht. Medio siglo de la integración europea se encuentra en los escritos que han marcado sus pasos. Por ello, continúa el profesor, siguiendo la huella hermenéutica que indica la presencia del espíritu de Europa en los documentos que sancionan su existencia en cuanto unión de pueblos, Estados y cultura, parece necesario reflexionar sobre el texto-Europa.

Es preciso señalar además que Europa, la Unión Europea, se compone de una multiplicidad de experiencias, de múltiples culturas y tradiciones. Desde un punto de vista fenomenológico-eidético, la identidad pluralmente constituida no es un artificio ideológico o una invención del poder. Es el rasgo esencial de la existencia europea.

Para finalizar, y aludiendo a las palabras de Voltaire que sostenía que todos los estados europeos, a pesar de sus grandes diferencias, tie-

nen fundamentos comunes, Renato Cristin habla de ese «aire de familia» que impregna las instituciones y las estructuras más profundas de nuestro continente. Ese espacio común, originario, no es otro que el espacio metafísico que ha tenido una localización geográfico-temporal inicial (la Grecia antigua) pero que ha atravesado todos los espacios geográficos y todas las épocas de Europa. Es el espacio de la filosofía, de la metafísica occidental a la que considera la raíz principal de Europa. En definitiva, es necesario iniciar de nuevo el recorrido originario de la filosofía.

El segundo capítulo, titulado «Las raíces filosóficas de la idea de Europa» está escrito por el profesor Enrico Berti, de la Universidad de Padua (Italia). El profesor Berti comienza su artículo hablando del filósofo Hegel, para el cual la verdadera Europa es el mundo «cristiano-germánico». O sea, la civilización resultante de la cristianización del mundo grecorromano y de su fusión –como consecuencia de las invasiones bárbaras– con los pueblos germanos, evangelizados a su vez por los cristianos griegos (en la Europa oriental) y por los cristianos romanos (en la Europa occidental). Este mundo es, a la vez, la síntesis de tres elementos: el primero, el elemento clásico, grecorromano, es la libertad, es decir, la racionalidad, pues sin la capacidad de conocer lo universal no hay libertad o capacidad para resistir a los condicionamientos particularistas. El segundo elemento es el cristiano, que abarca la idea de creación del hombre como imagen de Dios y en contraposición a la naturaleza. Y el tercer elemento es el germánico, que según Hegel se caracteriza por el individualismo, o mejor, por el subjetivismo. Este aspecto lleva a la contraposición entre hombre y naturaleza a nivel teórico y, a nivel práctico, al dominio del hombre sobre aquella.

En conclusión, para el profesor Berti, la idea de Europa que los mismos europeos han elaborado ha permanecido idéntica e inmutable desde Heródoto hasta Hegel: según ella, Europa es el pueblo de la libertad, de la autoconciencia y de la espiritualidad. Por último, trae a colación el dilema actual entre universalismo y particularismo en Europa a propósito del libro del filósofo Hans-Georg Gadamer *La herencia de Europa*. En él, Gadamer ha observado que la caída del muro de Berlín ha hecho resurgir una cantidad de otros muros, étnicos, políticos y religiosos que han dividido Europa y que han hecho resurgir el particularismo convirtiéndola así en una Babel. La solución al problema es el reconocimiento a lo otro. Tener presente el valor de la diferencia. Es preciso llegar a una coexistencia entre la integración científica, económica y política y la diferenciación entre culturas, regiones y comunidades autónomas locales.

El tercer capítulo, titulado «*Europa ad bivium*. El latín: continuidad y ruptura en la cultura europea», lo escribe el profesor Alfonso García Marqués, de la Universidad de Murcia (España). Comienza planteando una cuestión: ¿por qué consideramos que Europa es una continuidad

cultural y cuáles han sido los elementos que le dan esa continuidad? A continuación expone su tesis: el mundo romano —o si queremos greco-romano— desempeñó un papel imprescindible, esencial, en el nacimiento de Europa, y a partir de él se formó una tradición que constituye el núcleo de la continuidad de eso que llamamos Europa. Dentro de esa tradición, la lengua del Lacio, el latín, es un elemento estructural imprescindible.

Ese mundo cultural latino, esa primera refundición del mundo griego, es precisamente lo que constituye la base y unidad de Europa, y su continua transmisión *viva* es la que nos ha proporcionado nuestra identidad cultural. Europa no ha desaparecido, nunca se ha roto su continuidad, porque siempre ha cultivado la herencia latina, grecorromana, y sus renacimientos han sido siempre revitalización de ese legado. Para darle concreción a su tesis, el profesor García Marqués expone dos aspectos de la cuestión de la que trata: la *humanitas*, el ideal de hombre forjado en el Mundo Antiguo, y el *latín* como un modo de pensar y ver la realidad, y vehículo de esa *humanitas*.

El mundo latino caracterizó el proceso educativo, la *paideia*, como *humanitas*. La educación consistía en transformar al hombre haciéndolo un ser libre y en posesión de sí mismo. Eso se lograba por la adquisición del conocimiento y por la formación del carácter mediante el ejercicio de la virtud. La idea central de la educación, sigue diciendo, ha estado ausente tanto del debate de Bolonia como de las grandes líneas de la pedagogía de los últimos 30 años. La diferencia estaría entre hacer hombres libres o preparar productores para el mercado de trabajo.

El otro aspecto de la cuestión, el *latín*, sostiene que consiguió elaborar un poderosísimo sistema conceptual, de gran rendimiento a la hora de hablar sobre el mundo, de hacer ciencia o de usarlo para cualquier necesidad humana. Esta lengua nos ofrece una visión del mundo de una profundidad y realismo único, unida a una fuerte racionalidad estructural.

La doble dimensión del mundo latino: su *humanitas* y su lengua empieza a romperse a partir del Romanticismo y su consumación se da en el cientifismo. Ante la situación actual del predominio del inglés y de su cultura, el profesor García Marqués propone que todos los europeos aprendamos latín como segunda lengua extranjera —tras el inglés—. Propone la recuperación del latín como un espacio de libertad en el que todos nos reconozcamos como iguales. Al fin y al cabo es la lengua subyacente a todos los idiomas europeos y en sus escritos se encierra lo que ha sido Europa durante milenios. Recurrir al latín es un medio imprescindible para una auténtica renovación de nuestras raíces.

El cuarto capítulo, titulado, «Las distintas caras de Europa», está escrito por el profesor Piotr Jaroszynski, de la Universidad de Lublin (Polo-

nia). Comienza diciendo que Europa, su identidad, comenzó en la Grecia clásica y continúa hasta el día de hoy. Europa es una cultura occidental, y para caracterizarla utiliza las categorías que los griegos descubrieron: la *theoría* (ciencia), la *praxis* (moral), la *póiesis* (productividad) y la *religio* (religión). En concreto se centra sobre todo en la religión, en el cristianismo, y cita las palabras del Papa Juan Pablo II: «¿Qué estás haciendo Europa? ¡Vuelve a tus raíces!». En 1991, Juan Pablo II dijo a los participantes en una reunión presinodal: «La cultura de Europa puede ser entendida por su referencia al cristianismo del que saca fuerzas para desarrollarse y renacer, tras tiempos de crisis. En la actualidad se dedica más atención a la Europa de la política y la economía, pero la Europa de la cultura es anterior a éstas, con un sentimiento de la trascendencia de la persona humana característico del cristianismo».

El profesor Jaroszynski concluye afirmando que Europa no es propiedad de la actual generación y pobladora de Europa, ni es propiedad de la Unión Europea. Es el legado de casi tres milenios de tradiciones, pueblos y naciones, que vivieron en la cuenca del Mediterráneo, donde tres continentes se reunieron y, arduamente, trazaron un camino hacia lo verdadero, lo bueno, lo bello y lo santo. Este esfuerzo dio sus frutos en la apertura de un espacio para el Dios personal omnipotente y para el hombre, que, como persona, ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Esta fue la contribución del cristianismo. Como heredero de la cultura antigua, se convirtió también en un regalo para los demás pueblos que vivían en otros continentes. La salida de Europa y Occidente de la senda del cristianismo es un acto suicida. El culto a la economía y la política no es progreso, sino una corrupción de la civilización.

Debido al espacio disponible para una reseña, desde aquí me veo en la obligación de resumir más las interesantes aportaciones de los siguientes capítulos, invitando así a la lectura directa del libro. Así, el quinto capítulo, titulado «El Barroco americano como punto de encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo», lo escribe el profesor Joaquín García-Huidobro, de la Universidad de los Andes (Santiago de Chile). Explica cómo en el siglo XVII América se presentaba como un interlocutor digno de Europa. En este capítulo, el profesor García-Huidobro muestra en qué forma se desarrolló el diálogo entre el Viejo y el Nuevo Mundo, especialmente en la época del Barroco y luego el cambio que se produjo en la Ilustración. En dos campos puede percibirse lo específico del modo de ser americano durante el Barroco: el derecho y el arte. Tras el encuentro de Europa y América a finales del siglo XV se planteó la delicada cuestión del régimen jurídico aplicable a los aborígenes y, aún antes, si ellos eran sujetos de régimen jurídico alguno. Esta última cuestión fue respondida de modo afirmativo por los teólogos-juristas del Renacimiento en España, reconociendo en los habitantes de las Indias el carácter de personas. En el

arte barroco –pensemos en las pinturas de Iglesias y conventos– se observa una síntesis muy lograda entre elementos indígenas y europeos. Otro tanto cabe decir de la arquitectura. La teatralidad del Barroco favoreció la inculturación de la fe, a través del culto a los santos, las procesiones y solemnidades litúrgicas. Sin pretender mostrar un panorámica idílica (para muchos la Conquista fue una tragedia) sí hay que decir que la experiencia del Barroco americano nos muestra cómo una creación europea, la América hispana, se desarrolla con criterios y medios propios, aunque sobre las bases que le proporcionan sus antecedentes europeos.

El sexto capítulo, titulado «El mediodía de Europa. La apuesta por una racionalidad teleológico-metafísica en la construcción de la Unión Europea», lo escribe el profesor Pedro Jesús Teruel, de la Universidad Cardenal Herrera (Elche, España). Defiende que el edificio en construcción de Europa precisa un diseño, un programa que no puede ser el de una liga comercial. Entonces propone, como idea orientadora del proyecto europeo, el replanteamiento de la cuestión antropológica en toda su radicalidad. Así lo exigen los desafíos presentados por el estado actual del trabajo científico y sus repercusiones éticas, la interacción creciente entre los pueblos y los problemas práctico-políticos derivados. Todo ello conectado con la necesidad de fomentar modelos pedagógicos no reduccionistas. Sólo en la medida en que los hombres y mujeres europeos cobren conciencia de la importancia del momento presente, estarán en condiciones de reclamar de sus dirigentes que estén a la altura del reto histórico que consiste en reencontrar el lugar de Europa en el mundo cuando llega el mediodía, las sombras se acortan o, como en la metáfora de Ortega y Gasset, se debe decidir el propio rumbo.

El séptimo capítulo, titulado «El Espíritu de Europa: un destino común», lo redacta la profesora Lourdes Gordillo, de la Universidad de Murcia (España). La tesis que defiende es la siguiente: la cultura europea, aprendida socialmente como conciencia europea bajo un imperativo ético, precedida de una tradición heredada, se proyecta en un futuro moral, en una unidad de destino. La cultura europea aprendida y heredada del pensamiento griego y judeocristiano, generadora de la ciencia y de la razón moderna, nos recuerda que Europa significa libertad, derechos humanos y democracia. Por otra parte, significa también la conciencia de poseer tesoros culturales, de ciudades, monumentos, castillos, paisajes, literatura, música, que han sido el orgullo de intelectuales y ciudadanos europeos que miran más allá de sus fronteras. El rasgo distintivo de la cultura europea señalado por Husserl y sin parangón en las demás, es su forma racional, su pretensión de conducir la vida de los hombres según una idea de racionalidad universal. El propio filósofo habla de una norma absoluta, de un imperativo categórico que significa sólo una cosa: que el hombre individual vive una vida que no tiene valor vivida de cualquier

modo. De este modo, todo sujeto que está bajo esta norma absoluta de valor, debe decidir en la vida práctica según su ciencia y conciencia, libremente, queriendo el bien. Un ser racional como es el hombre debe ejercer la facultad de la razón para crear un mundo más humano, mejor. Europa, en cuanto comunidad, tiene esta finalidad, la búsqueda de lo propio del hombre. Por ello, el legado de Europa está en sus bienes espirituales. Siguiendo a Husserl, Europa es una categoría espiritual, no designa una caracterización geográfica ni una manera peculiar de ver el mundo y de comportarse en él. Europa es la idea de universalidad, la idea del *logos común* que puede ser alcanzado y asumido por cualquiera, por el mero hecho de ser hombre. La crisis de la existencia europea sólo tiene dos salidas según el planteamiento de Husserl: la decadencia de Europa en la alienación respecto de su propio sentido racional de la vida, la caída en el odio espiritual y en la barbarie, o el renacimiento de Europa desde el espíritu de la Filosofía mediante un heroísmo de la razón que supere definitivamente el naturalismo. La Filosofía aporta la búsqueda de la verdad incondicional, la belleza y el bien. Sin este espíritu es difícil que pudiera sobrevivir. Como conclusión, la profesora Gordillo afirma que Europa necesita recurrir a la expresión del espíritu, el único capaz de aspirar a una gran empresa, necesita proyectar la grandeza de su misión, el compromiso de todos los hombres que esperan un ideal humano por el que luchar. Pero Europa necesita la reflexión sobre sus orígenes, sobre su tradición si no quiere convertirse en una ficción sin una aspiración real que cumplir. Por eso, apostar por una sólida educación es un elemento decisivo para encontrar ese destino común al que aspira el ciudadano europeo.

El octavo y último capítulo, titulado «El constitucionalismo fallido de la Unión Europea», está a cargo de la profesora Ángela Sierra González, de la Universidad de La Laguna (España). Comienza diciendo que cuando se aborda el constitucionalismo europeo como problema no se puede orillar una realidad: la creación de la Unión Europea ha sido un empeño cultural y moral en el que ha estado involucrada gran parte de las élites políticas y culturales europeas que, en muchos sentidos, han desplegado una suerte de idealismo en la consecución de la unificación política, el sueño de unos Estados Unidos de Europa. Sin embargo, la «construcción europea» constituye un experimento político-jurídico cuyo final aún no se puede prever ni tampoco su sentido. El peligro para dicha construcción proviene de las diversas tradiciones políticas y jurídicas que dificultan la articulación de un *corpus* constitucional homogéneo. La profesora señala en este estudio los fracasos sobrevenidos en la Unión Europea para imponer una norma marco de rango constitucional. Una Constitución debe garantizar la separación de poderes y los derechos del individuo. ¿Se cumplen estas exigencias en el constitucionalismo europeo?

En el llamado Tratado por el que se establece una Constitución para Europa (TCE), cuyo proyecto fue aprobado en el 2004, es cuando se recurre por primera vez a la palabra «Constitución» para calificar una normativa fundamental con la que se pretendía regular la Unión Europea. Esta «Constitución Europea» no era una norma suprema porque era una norma derivada, subordinada a las Constituciones de los Estados miembros de la UE. No contenía una decisión fundamental sobre el modo de existencia de la comunidad política y tampoco garantizaba la separación de poderes ni los derechos fundamentales. Se trataba de un andamiaje muy precario.

Esta precariedad repetida ha llevado al constitucionalismo europeo al fracaso como instrumento para engendrar un debate sobre la construcción europea, y tampoco ha suscitado adhesiones suficientes para aumentar la legitimidad democrática de la Unión. De ahí que no se puede incluir la Constitución Europea dentro de la categoría de constitución democrática, tal y como ésta es entendida por los tratadistas. La ciudadanía no participó ni mediante delegación ni por medios directos en la función de elaboración de la Constitución europea del 2004, ni posteriormente en el Tratado de Lisboa del 2007. La cuestión clave es la falta de papel de la ciudadanía como se ve en el peso que tienen las instituciones no electivas como la Comisión Europea y su capacidad legislativa.

El advenimiento de los Estados Unidos de Europa corresponde a los europeos; sin embargo, el fracaso de futuros textos constitucionales es previsible. Y no sólo por sus vicios de origen, sino por la re-emergencia de los nacionalismos. La forja de una cultura política europea, de la que surja una conciencia europea común, no se puede decretar. Es menester construirla.

Estamos, pues ante un libro valiente que merece la pena ser leído porque aporta suficiente material para reflexionar con rigor sobre Europa, lejos de los cantos de sirena o de utopías irrealizables.

María del Carmen Dolby Música

MORENO ROMO, Juan Carlos (coord.): *Unamuno, moderno y antimoderno*. Fontamara, México, 2012. 231 pp.

La figura de don Miguel de Unamuno está despertando un renovado interés al otro lado del Atlántico, como prueba el hecho de que la celebración, en 2006, del *I Simposio Internacional de Estudios Cruzados sobre*

la Modernidad: Unamuno y nosotros no fuera un hito determinado en el tiempo, sino que, aún hoy, se siguen recogiendo frutos de este encuentro programado para conmemorar el LXX aniversario de la muerte del filósofo y poeta español. De ese interés surgió en 2011 la obra *Unamuno y nosotros* y un año después, en 2012, el título que ahora nos ocupa, *Unamuno, moderno y antimoderno*. En ambos libros podemos comprobar que están surgiendo abundantes y variados estudios sobre su figura y pensamiento, además de quedar patentes los numerosos puntos aún por revisar y recuperar. Especialmente en esta obra se respira la exigencia de una perspectiva particular: la de no vivir esta recuperación como algo frío, académico, impersonal, cometiendo de nuevo los pecados de la modernidad, sino hacer del pensamiento unamuniano –y por ende, el nuestro– algo vivo, de carne y hueso.

Por otro lado, en estas iniciativas, lideradas y coordinadas –como esta obra– por Juan Carlos Moreno Romo, titular de la cátedra de Historia de la Filosofía Moderna en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, México, tienen como objetivo que, con Unamuno, aumente nuestro conocimiento y reconocimiento de nuestra filosofía, la filosofía escrita en español. Se incluye sin lugar a dudas la filosofía hecha en España y la hecha en Hispanoamérica en el mismo grupo, hermanadas.

Unamuno, moderno y antimoderno es, por desgracia, una obra algo confusa. La contraposición a la que se refiere el título alude a que el proyecto moderno que elimina a las pasiones y niega al otro, buscando un hombre puramente racional, no es el único existente, sino que también está la modernidad cartesiana y la modernidad quijotesca o cervantina, que siguen la línea contraria de atención a las pasiones y a la humanidad del hombre y que deben recuperarse. Ambas son fuentes de las que bebe Unamuno y quedan reflejadas cuando nos expresa, por ejemplo, que «Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo», o como reinterpreta el Dr. Moreno Romo: «la vida es harto más amplia y más honda que nuestro pobre pensamiento racional». Sería por lo tanto el pensamiento del autor salmantino una buena vía para esta reflexión y posible recuperación. El problema de la obra es que sólo tres artículos de los diez presentes están en esta línea, a saber, los dos escritos por el coordinador –«Unamuno, otros quijotes y otros molinos de viento» y «Unamuno, Descartes y nuestra filosofía», y el firmado por Francisco Jesús Ángeles Cerón –«Unamuno y las trampas de la envidia». A mi juicio, ha de achacársele a este *Unamuno, moderno y antimoderno* cierta desconexión entre los artículos que forman el libro, ya que lo único que parece unirlos es la figura de Don Miguel, sin procurar un criterio temático que cumplan todos los escritos, lo cual genera, como señalaba antes, cierta confusión para el lector.

Esto no debe hacernos menospreciar el esfuerzo del coordinador en esta labor –cuestión que deja patente en su primer artículo, de tono incendiario– y en general por acometer este proyecto, pero sí que creo que es una cuestión a revisar de cara a nuevas obras que surjan del proyecto citado.

De la misma manera, tampoco debemos condenar el resto de artículos. Destacaría como más interesantes cuatro. En primer lugar, por la labor que realiza su autor, Pedro Ribas, de acercarnos a la figura del pensador peruano, «La recepción de Mariátegui en España. Relación con Unamuno». Queda patente en su escrito, donde también habla de Araquistáin y Costa, que queda un amplio campo de investigación por explorar. Campo –el de las relaciones de Unamuno con colegas latinoamericanos– que también trata Gemma Gordo Piñar con «Miguel de Unamuno y Ricardo Palma: Intralenguaje epistolar». También considero sugerente el estudio que realiza Luis Álvarez Castro: «En torno al regeneracionismo espiritual de Ángel Ganivet y Miguel de Unamuno: Un estudio comparativo de *España filosófica contemporánea* y *De la enseñanza superior en España*». Aquí encontramos una buena reflexión, a partir de estas dos obras, acerca del sentido del regeneracionismo, término que es una suerte de cajón de sastre que, como tal, se usa con una ligereza que lleva a equívocos y problemas y que necesita –como pide el autor– una revisión tipológica. Por último, Alicia Villar presenta «Unamuno y Pascal: solidarios en lo trágico», que, además de conectar de nuevo con el problema de la modernidad que presenta el título, expone, de manera rica en citas y referencias, las relaciones, puntos en común y diferencias entre el autor salmantino y el pensador francés. Tiene también interés el escrito de Armando Savignano, «Filosofía y religión en Miguel de Unamuno, la cristología poética», que extraigo del grupo anterior por quedar, a mi juicio, deslavazado por su temática del resto de la obra. Completan el libro «Unamuno y la novela moderna. Entre Cervantes y Sartre», de Juan Carlos Orejudo Pedrosa, y «La presencia de Platón en la filosofía quijotesca del amor en Unamuno», de Roger López. A mi juicio, son artículos que acometen temas demasiado amplios que no llegan a estar bien resueltos y que hacen decaer el interés general de la obra.

Valoro entonces el escrito que nos ocupa como testimonio de la valía de la figura y pensamiento de don Miguel de Unamuno, y en general de la filosofía pensada, sentida y hecha en español, que necesita un reconocimiento urgente de parte, inicialmente y obligatoriamente, de los que nos dedicamos a ella.

Clara Fernández Díaz-Rincón

VEGA REÑÓN, Luis: *La fauna de las falacias*. Trotta, Madrid, 2013. 366 pp.

Aristóteles dedicó uno de sus escritos, *Sobre las refutaciones sofísticas*, al análisis de la argumentación falaz. Desde entonces, el momento fundacional, advertimos la preocupación por las falacias a todo lo largo de la historia de la filosofía, hasta comienzos del siglo XXI, como bien lo muestra este libro de Luis Vega Reñón, uno de nuestros mejores expositores e investigadores en el campo de la lógica, de la historia y teoría de la argumentación. Recordemos sus libros: *El análisis lógico: nociones y problemas. Una introducción a la filosofía de la lógica* (1987); *La trama de la demostración. Los griegos y la razón tejedora de pruebas* (1990); *Una guía de historia de la lógica* (1996); *Artes de la razón. Una historia de la demostración en la Edad Media* (1999); *Si de argumentar se trata* (2003); y también es coeditor de *Compendio de lógica, argumentación y retórica* (2011).

En las últimas décadas se ha prestado una especial atención a ese tipo de argumentación por los usos y abusos del discurso público. Encontramos al principio del Prefacio la cita del título de un libro de Julián Baggini, que refleja la indignación contra los sinsentidos que nos rodean: *¿Se creen que somos tontos? 100 formas de detectar las falacias de los políticos, los tertulianos y los medios de comunicación*. Lo mismo la publicidad comercial que la política echan mano, con frecuencia, de razonamientos falaces. Por eso, aunque la teoría de la investigación no ha de centrarse en las falacias, el estudio de las trampas en que pueden caer nuestros razonamientos nos puede ayudar a ser más lúcidos, críticos y rigurosos a la hora de juzgar los mensajes que nos llegan en nuestra muy compleja sociedad de la Información.

Este libro se mueve en dos planos: el uno, teórico y crítico; y el otro, histórico y documental. De este modo, el autor intenta una revisión general, es decir, analítica, histórica y crítica de la cuestión de las falacias. Trata de hacer un balance de la situación actual del tema, desarrollando una concepción del discurso falaz capaz de comprender su sutileza y de explicar su importancia crítica, examinando a esta luz las principales propuestas actuales y avanzando unas líneas maestras de la construcción histórica de nuestra idea o ideas de falacia al hilo de diez documentos textuales especialmente significativos. De acuerdo con lo que acabo de insinuar, las dos partes de que consta el libro son relativamente independientes y distintas en el fondo y en la forma.

Después de una exploración introductoria, en que se establecen los rasgos principales de las falacias, la *primera parte*, teórica y crítica, se centra en el estudio de los problemas y perspectivas del estudio actual de las falacias. Su replanteamiento crítico y analítico se desarrolla en tres capítu-

los cuyos contenidos se relacionan estrechamente entre sí. El primero destaca cómo el estudio actual de las falacias presenta las dos dimensiones habituales en los estudios sobre el discurso: propuestas y elucidaciones de carácter conceptual o teórico, y ciertas investigaciones empíricas. El segundo capítulo nos habla de variaciones en torno a la teorización de las falacias: variaciones históricas y variaciones metateóricas o hipótesis acerca de una teoría de las falacias (hipótesis nulas, hipótesis mínimas e hipótesis máximas). El tercer capítulo investiga primordialmente las falacias en su papel de síntoma y de reflejo del estado del campo de la argumentación; y desde ese punto de vista, investiga las ideas tradicionales de la argumentación falaz, y las perspectivas actuales clásicas (lógica, dialéctica y retórica) y la nueva perspectiva de la «lógica del discurso civil».

La segunda parte, la más extensa (pp. 143-368), dividida en dos secciones, contempla la construcción histórica de la idea de falacia. En la primera sección asistimos a una contextualización de sus caminos y formas de desarrollo; hace un recorrido de la historia de la argumentación falaz desde Aristóteles a Vaz Ferreira, pasando por los estoicos, los medievales, Francisco Bacon, la Lógica de Port-Royal, John Locke, Feijoo, Jeremy Bentham, Richard Whately, Schopenhauer y John Stuart Mill, y terminando con un cuadro histórico de la formación de la idea de falacia. La segunda sección contiene una selección de diez textos relevantes de los principales autores a los que se ha referido la sección primera: Aristóteles, Tomás de Aquino, Antoine Arnauld y Pierre Nicole, John Locke, Benito Jerónimo Feijoo, Jeremy Bentham, Richard Whately, Arthur Schopenhauer, John Stuart Mill y Carlos Vaz Ferreira.

La metáfora «fauna» del título alude a la naturaleza escurridiza, sorprendente y fiera de las falacias. En la intrincada jungla del discurso habitan peligrosos animales, a veces escondidos, en cuyas garras podemos caer si no avanzamos con gran precaución. La lectura de este libro nos puede ayudar a superar esos peligros, a elaborar una teoría lúcida y crítica de la argumentación.

Comprendo que no es fácil construir una teoría sobre las falacias. En cierto sentido podemos decir que todos los intentos han fracasado hasta ahora y, quizás, estén siempre condenados a fracasar, en cuanto que los falsos argumentos, como los buenos, dependen en gran parte de la creatividad humana. Y ésta carece de fronteras plenamente definidas. A pesar de todo, teniendo en cuenta las aportaciones de otros, de autores pertenecientes a las distintas etapas de la tradición occidental, Luis Vega Reñón lo ha intentado una vez más y, en cierto sentido, se ha acercado al objetivo. Sólo por esto, tanto en el campo de la lógica formal como en el de la informal, merece un especial reconocimiento.

Ildefonso Murillo

BARCELÓ, Tomeu: *La sabiduría interior. Pinceladas de filosofía experiencial*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2013, 273 pp.

Esta obra tiene como finalidad la presentación actualizada de una corriente de psicología terapéutica que encuentra su origen en Eugene T. Gendlin (n. 1926), colaborador de Carl Rogers (1902-1987), uno de los fundadores de la psicología humanística y de la terapia centrada en el *cliente*. Esta relativamente nueva corriente es denominada también «filosofía experiencial» o «filosofía de lo implícito» y es conocida especialmente por su método, el *focusing*, que a continuación detallaremos.

La obra, en palabras de su autor, no sería tanto una presentación al uso, sino más bien un acercamiento personal para «esbozar una comprensión de nuestra sabiduría interna y proponer métodos para desplegarla; se trata de mirar cómo funcionamos por dentro y cómo funcionar mejor. Intento aportar mi propia experiencia y mis propias reflexiones, no exponer académicamente los postulados de Eugene Gendlin –para ello sería suficiente con leer sus libros–, si bien sus aportaciones han conformado mi manera de procesar mi experiencia y mi pensamiento. También otras contribuciones han significado mucho para mí, especialmente las de Carl Rogers, y otras que mencionaré a lo largo de los diversos capítulos. Todas ellas tienen que ver con la filosofía experiencial que aspira a comprender las razones del corazón y su sentido» (p. 18).

El objetivo de la obra viene conjugado con elementos biográficos que nos ponen en la pista de su autor. Tomeu Barceló es profesor de filosofía y filósofo, actividad que combina con otra de sus aficiones más queridas por él, el ámbito del tiempo libre. Tomeu es uno de los grandes especialistas en el tiempo libre educativo en España. Esta actividad la canaliza a través de la dirección del Instituto Ramón Serra de Palma de Mallorca. Es *Focusing-Trainer* y *Focusing-Oriented Psychoterapist* por *The Focusing Institute* (Nueva York), Coordinador Nacional del Instituto Español de *Focusing*, especialista en Dinámica de Grupos y Relaciones Humanas por el *Center for Studies of the Person* (California). Ha publicado entre otros libros: *Centrar-se en las Personas* (Pleniluni), *Crecer en grupo* (Desclée De Brouwer), *Entre personas* (Desclée De Brouwer), y es co-autor de *Manual Práctico del Focusing de Gendlin* (Desclée De Brouwer).

La formación filosófica del autor condiciona la orientación del estudio del método que nos expone (*Focusing*) y la cosmovisión que lo acompaña. Tomeu Barceló nos habla del poder de la razón y cómo esta ha sido adjetivada de múltiples maneras a lo largo de la historia del pensamiento, a la vez que nos presenta algunos de sus descuidos. Esta razón, que «ha sido analizada como razón instrumental, razón pura, razón práctica, razón crítica, razón vital, razón utópica, razón especulativa, razón co-

municativa y otras muchas concepciones según la función esencial que se le otorgaba» (p. 16) sólo tangencialmente lograba acercarse a lo que Pascal señalaba en pugna con Descartes (las razones del corazón) y que tan maravillosamente presentó de forma poética Antoine de Saint-Exupéry, en *Le Petit Prince*: «Il est très simple: on ne voit bien qu'avec le coeur. L'essentiel est invisible pour les yeux». De aquí que —como señala el autor— quizás «la filosofía debe empezar a explorar la razón experiencial, un nuevo tipo de razón que contendría estas razones del corazón que la razón no comprende y que, en buena medida, consiste en la sabiduría interior que todos experimentamos alguna vez y de la que ya hablaron los primeros sabios en los orígenes del quehacer filosófico» (pp. 16-17).

Partiendo de la visión unificadora de cuerpo y alma que se retrotrae a Maurice Merleau-Ponty (1908-1961), especialmente en su obra *La structure du comportement* (1936), donde se llega a afirmar que «el cuerpo no es un objeto» y que, por consiguiente, «yo no estoy delante de mi cuerpo, estoy en mi cuerpo, o mejor, soy mi cuerpo», Eugene T. Gendlin, filósofo y terapeuta, desde una concepción procesual de la persona y de la vida, se adentra en el conocimiento del ser humano para concebirlo de un modo sinérgico donde percepción y conciencia, comportamiento y proceso corporal, están «implicados», es decir, se buscan y se suceden en continuidad. En consecuencia, desde esta corriente recibimos una invitación a «escuchar» el cuerpo, pues es «la fuente de esta sabiduría intrínseca que se va haciendo a sí misma a través de la interacción con el ambiente y con otros cuerpos en una dinámica creativa de *autopropulsión*. Respetar y seguir el camino de la autopropulsión es reconfirmar nuestra propia autenticidad, un singular modo de ser que se pone en movimiento en el propio cuerpo mediante el que sentimos la vida y nuestra persona» (pp. 82-83).

En el capítulo séptimo se nos describe la herramienta adaptada para la escucha y para introducirnos en la sabiduría interior denominada *focusing*. Hay muchas técnicas psicológicas para acceder al interior de la persona, pero esta es, según Tomeu Barceló, «el mejor instrumento hasta ahora conocido que permite a las personas, aún sin demasiado entrenamiento, conectar con las profundidades del ser y bucear en la sabiduría implícita que todos llevamos dentro» (p. 117).

Gendlin, que participaba en práctica de psicología clínica con Carl Rogers, comprobó que el éxito de la terapia no estaba tanto en las técnicas cuanto en el modo de hablar y responder de los pacientes, y la manera de hablar no era sino un reflejo del interior de dichas personas. El «acto interno» de los clientes era «un proceso en el que el paciente establecía contacto con una clase especial de conocimiento consciente, interno y corporal que denominó *felt-sense* (sensación-sentida) [...] Los hallazgos de Gendlin le estimularon a buscar una técnica para enseñar

ese importante acto interno crucial y gradualmente fue descubriendo los pasos para hacer exactamente lo que estos pacientes con éxito habían hecho de forma natural. Así se prescribió el procedimiento de seis pasos que denominó *focusing*» (pp. 118-119).

Los pasos brevemente serían los siguientes: hacer espacio en mi interior, focalizar (*focuse*), nombrar la sensación, resonar, preguntar a la sensación y, finalmente, reconocer todo lo que surgió desde dentro de nosotros mismos (cf. pp. 121-132). No podemos detenernos en su desarrollo, sino que lo que procede es hacer balance de la obra.

El libro está estructurado en una introducción, quince breves capítulos y una bibliografía final, actualizada y muy bien escogida sobre el tema. Además, cuenta con un prólogo de Carlos Alemany, que es otro de los buenos conocedores del método en España y en la actualidad Presidente de Honor del Instituto Español de *Focusing*.

Este trabajo de Tomeu Barceló aúna muchas buenas cualidades: un lenguaje bastante accesible para el gran público, un conocimiento profundo de la filosofía y de la ciencia, tanto en sus dimensiones diacrónicas como sincrónicas, elementos autobiográficos que despiertan interés y que en ocasiones ilustran el discurso más teórico del resto y un carácter abierto a posibles modificaciones y ulteriores desarrollos, como queda patente en el epígrafe «Se hace camino al andar», donde Tomeu describe algunos aspectos que quedan todavía por integrar en su técnica: la necesidad de una mayor investigación, la confirmación de los indicios positivos en diversos campos (psicoterapia, dolores crónicos, estrés, toma de decisiones, espiritualidad, educación, resolución de conflictos y otros), desarrollar el sistema filosófico-experiencial introduciendo las intuiciones de algunos autores recientes (Prigogine, Capra, David Bohm y otros físicos y científicos), completar las aportaciones filosóficas y psicológicas sobre la empatía y comprensión en los descubrimientos de la neurociencia moderna... En fin, «se trata de seguir ejerciendo la filosofía, entendida originariamente como amor a la sabiduría, porque —en palabras del filósofo Étienne Gilson en *La unidad de la experiencia filosófica*: “Amar la sabiduría es amar también la ciencia y la prudencia; es buscar la paz en el acuerdo interior de cada mente consigo misma y en el acuerdo mutuo de todas las mentes entre sí”».

Quien como yo ha tenido la suerte de asistir a alguna presentación pública del método por parte de este autor y ahora lee y relee la obra queda confirmado en el interés por este tipo de temáticas para educadores, profesores de todos los niveles educativos y para quienes no conciben el mundo ni la vida sin la lectura y una perenne tarea de aprendizaje.

José Luis Guzón Nestar